

que “tenemos empatía”? ¿Cuál es la pregunta metodológica cuando los sujetos con los que trabajamos no son nuestros aliados e incluso puedan pertenecer a las antípodas de lo que políticamente construimos como deseable? En primer lugar, es interesante que en esos casos pocos investigadores recuerden “la neutralidad”. Podemos dejar de estudiar lo desagradable, como las agrupaciones de derecha, los discursos sociales de racismo instituyente y un largo etcétera, y pareciera que eso no afecta la neutralidad de nuestro campo. Si de veras participáramos de una discusión seria sobre el “punto cero” de la observación neutral, deberíamos poder con toda pericia estudiar lo que se nos aparece como abyecto. Si no lo hacemos, es porque el punto cero está oscurecido de antemano. Incluso si pensamos sobre el contacto con los sujetos permitidos de la investigación crítica (indígenas, campesinos, sectores en vulnerabilidad): ¿por qué se escoge de manera precisa lo que responde a ciertas cartas marcadas por la persistente “pulsión escópica” (fragmentaria, densa) de los estereotipos?

Corona Berkin lo plantea así en su capítulo: “¿por qué con los indígenas se investigan poco los temas que no son ‘étnicos’, es decir, por qué no construimos conocimiento dialógico con ellos sobre los problemas que a todos nos preocupan, como las drogas, la violencia de género, el abuso sexual, los delincuentes y los asesinos?”. Su apuesta por analizar el “lado oscuro de la horizontalidad” resuena en recientes ensayos etnográficos sobre lo desagradable, sobre las preguntas éticas y epistemológicas que urge hacernos sobre el trabajo con, por ejemplo, narcos, jóvenes neonazis y asesinos a sueldo (Ovalle y Díaz Tovar, 2019; Shoshan, 2015).

En *Horizontalidad*, textos como el de Briones (sobre las agendas de movimientos indígenas y de la antropología), el de Corona Berkin (acerca del “lado de la sombra” en las pasiones y pulsiones del investigador), el de Kaltmeier (al denunciar la persistencia forcluida del “genio investigador” en la academia), el de Blázquez (al mostrar de qué modo está interdicta la posibilidad de escribir sobre placeres y erotismo entre investigador e investigado) o el de Rufer (al explicar de qué modo la lengua aparece como una carta naturalizada y